Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

Exhibición n° 6618 Martes 27 de diciembre de 2005
Temporada n° 52 **Cine GAUMONT**

EL HIJO (*Le fils*, Bélgica/Francia, 2002) *Dirección*: JEAN-PIERRE DARDENNE, LUC DARDENNE. *Guión*: Jean-Pierre Dardenne, Luc Dardenne. *Fotografía*: Alain Marcoen. *Diseño del film:* Igor Gabriel. *Asistente de dirección:* Bernard Garant, Delphine Guterel. *Montaje*: Marie-Hélène Dozo. *Mezcla de sonido:* Thomas Gauder. *Edición de sonido:* Luc Plantier. *Dirección de arte:* Paul Rouschop. *Vestuario:* Monic Parelle. *Elenco*: Olivier Gourmet (Olivier), Morgan Marinne (Francis), Isabella Soupart (Magali), Nassim Hassaïni (Omar), Kevin Leroy (Raoul), Félicien Pitsaer (Steve), Rémy Renaud (Philippo), Fabian Marnette (Rino), Jimmy Deloof (Dany), Anne Gerard (madre de Dany), Annette Closset, Pierre Nisse, Stephan Barbason, David Manna, Abdellah Amarjouf, Dimitri Legros, Leon Michaux (Tutor), Colette Hobsig, Anne Dortu, Sandro Scariano, Isabelle Comte. *Productor:* Jean-Pierre Dardenne, Luc Dardenne, Denis Freyd. *Productor ejecutivo:* Olivier Bronckart. *Productora*: Archipel 35, Les Films du Fleuve, Radio Télévision Belge Francofone (RTBF). *Duración original*: 103’.

El film

Los hermanos Dardenne nos ofrecen otra joya plenamente imbuida del tono social y de la factura realista que caracterizaba a **La promesa** (La promesse, 1996) o a **Rosetta** (1999). No es un cine fácil de ver, pero respira compromiso y calidad cinematográfica en cada uno de sus planos.

Es una historia de personajes, a los que se mira con piedad porque se adivina lo que bulle por dentro, sus deseos de vivir la vida a pesar de los pesares, superando unas circunstancias difíciles, y en búsqueda de una dignidad. Con cámara nerviosa y al hombro que recorre obsesivamente los pasillos y recovecos –imagen del laberinto mental del protagonista–, con abundantes primeros planos y el objetivo situado en la nuca del personaje, con un ritmo endiabladamente lento y con escasísimos plano-contraplanos, se nos deja ver la duda y perplejidad de Olivier, un maestro de ebanistería que acaba por aceptar a uno de esos chicos, delincuentes prematuros, que se acogen a un plan de reinserción social mediante el aprendizaje de un oficio. El espectador intuye algún misterio en esa relación, por el peculiar comportamiento de Olivier observando y siguiendo al joven aprendiz antes de aceptarle a su cargo. El primer punto de giro del guión nos descubrirá su identidad para seguir profundizando en las relaciones entre ambos, y en la lucha por encontrar un lugar en la sociedad.

Aparte de darnos toda una clase de carpintería y de buen trabajar, cuidando cada uno de los detalles del oficio –como corresponde a un buen maestro–, se nos ofrece una mirada reconciliadora y esperanzada en la difícil tarea de recuperar a individuos a los que el ambiente –o la falta de afecto en su ambiente, con familias desechas– les coloca en el disparadero de tirar su vida desde los primeros momentos. A la crítica a la política social llevada a cabo por las instituciones, se añade una solución encarnada en una figura paterna que quiere olvidar el pasado y per-donar, asentar su vida en valores positivos para intentar formar a un alguien, para dar lo que tiene y así perpetuarse en el tiempo. Un deseo natural y razonable que vio truncado con la muerte de su hijo y que ahora busca poder desarrollar –y llenar así un hueco, a la vez que se redime– con un nuevo “hijo”.

El estilo sigue la senda austera y desnuda, en buena línea bressoniana o del mismo Resnais, con una exposición narrativa hermética y conceptual, con una estudiada planificación de unos planos llenos de simbolismo. En una de las fases de aprendizaje, Olivier lleva a Francis a la serrería para enseñarle a reconocer cada madera, con sus características y utilidades, con lo que viene a darnos su propia filosofía de la vida, en la que es de gran importancia conocer bien el interior de las personas, para sacar de dentro lo mejor que tienen. Los diálogos son los indispensables, pero los silencios hablan por sí solos y nos permiten descubrir los

pensamientos de Olivier, su herida del pasado aún no curada y sus intentos por construir su vi-da en servicio de los demás. Con una trama mínima y bien dosificada en torno a dos ejes que impulsan la historia narrativamente, la labor de casting es acertada en la elección de un sobrio y a la vez expresivo Olivier Gourmet, que lleva el peso de la película y aguanta primerísimos planos con una naturalidad asombrosa, a la vez que consigue hablar con gestos y con el mismo cuerpo, en todo un ejercicio interpretativo que raya la perfección. (...)

(Julio Rodríguez Chico, extraído de www.labutaca.net)

Hay algunas películas en las que hay que advertir de antemano su crudeza y esta es una de ellas. Por supuesto, y esto es algo bien sabido por cualquier conocedor de la filmografía de estos hermanos, no estamos hablando de una crudeza física, ni nada cercano al gore, la violencia o a imágenes que por una razón u otra pudieran herir la sensibilidad del espectador. Estoy hablando de una crudeza casi metafísica, de forma y de fondo, en la que la imagen corta como el filo de una navaja y en donde la tensión, el desconcierto (por más que se siga durante todo el metraje a su personaje principal a escasos centímetros) y el desasosiego permanente, llegan a hacerse verdaderamente cuesta arriba (por no horneadas, por buscar trasmitir la sensación de estar servidas al natural) para un espectador poco habituado a cines extremos. Incluso los ya conocedores de los dos últimos largometrajes de sus directores se llevarán sin duda una sorpresa, pues si bien se puede ver este film como una mezcla de los dos anteriores (la locura visual de **Rosetta**, unida a la mirada casi documental sobre el trabajo que ya existía en **La promesa**), lo que finalmente nos ofrece es algo nuevo, una vuelta de tuerca más a los complejos e inexplicables caminos del dolor, al cómo reaccionamos a él y a lo importante que llega a ser en ciertos momentos agarrarse a un clavo ardiendo, simplemente para poder sobrevivir.

Para ello Jean-Pierre y Luc Dardenne nos vuelven a situar pegados permanentemente al protagonista de esta historia, un profesor de un taller de carpintería obsesionado con un nuevo alumno, al que primero se niega a aceptar y al que luego seguirá por todas partes por motivos que harán volar la imaginación del espectador durante la primera mitad del metraje. El film está compuesto casi en su totalidad por primeros planos en movimiento desde la misma nuca del protagonista, como si estuviéramos aupados a su hombro, descubriendo al mismo tiempo que él los escenarios, las esquinas, los edificios, las miradas. No nos podremos despegar de Olivier en todo el film por mucho que queramos y tampoco logramos penetrar, ni siquiera al finalizar el film, en su cabeza, pues los Dardenne siempre nos sitúan como un espectador objetivo y externo, una especie de espectro que puede sentir por los personajes y las acciones que contempla.

(...) El film es incapaz de comprimir toda la tensión en un único punto durante un metraje tan largo, queriendo el espectador tras su conclusión haber sabido más de algunos personajes como el de la ex-mujer, pero el film no busca la narración sino el ensayo, atrapar una sensación. Cuando esto sucede, eso sí, la pantalla se llena de energía, un estremecimiento recorre la espina dorsal del espectador y las pulsaciones se aceleran como así lo hacen las de los protagonistas. Su minimalismo excesivo llega incluso a echar a algún espectador tan fuera del film, que cuando encara su recta final, su momento más prodigioso, con un viaje en carretera donde por fin esa planificación, esos silencios tensos y esa verdad escondida encuentran el lugar perfecto para desarrollarse en plenitud y alcanzar su máximo poder de pegada gracias a la claustrofobia de ese vehículo, a las cercanías de los cuerpos, al coche en movimiento y al paisaje alejado de la civilización, algunos pueden haber renunciado a interesarse por el resultado. No ocurre así con las primeras secuencias en el taller de formación, espacio laberíntico y claustrofóbico donde poder perderse y enloquecer, pero la ciudad y el resto de espacios abiertos del film invitan a otras miradas, a algunas salidas de tono de su excesivamente rígida apuesta, que de manera desmoralizadora el film no ofrece nunca, aunque quizás estaríamos pidiendo otra película y debamos contentarnos con ésta, que es por otro lado una experiencia difícil de olvidar y todo un duelo interpretativo entre sus dos protagonistas.

(Diego Vázquez, extraído de www.labutaca.net)

Los hermanos Luc y Jean-Pierre Dardenne constituyen una de esas figuras del panorama cinematográfico mundial con un mayor compromiso temático y estético, por encima de cualquier criterio comercial. En sus tres largometrajes, el retrato de las capas desfavorecidas de la sociedad, el cariño hacia unos personajes que viven en situaciones difíciles, y la filmación cámara al hombro de corte marcadamente documental se traducen en un desprecio absoluto por parte de muchos espectadores, o

bien en amor incondicional. Es difícil que una película de estos hombres deje indiferente a alguien.

(...) La película se apoya en la incontestable interpretación del estupendo actor Olivier Gourmet, premiado en Cannes por este papel, que en un magistral trabajo pleno de contención y delicadeza gestual consigue transmitir toda la fuerza de su lucha interior. Muchos acusan a las películas de los Dardenne de mostrar más las nucas que los rostros, y de abusar de los primeros planos muy cerrados rodados con una cámara al hombro demasiado nerviosa, pero la capacidad expresiva de Gourmet hace que cada ligero temblor de su cabeza, cada recorrido de su mirada inquisitiva y dolida, sea capaz de trasmitir las convulsiones que recorren su alma, de hacernos comprender sus reacciones, sus motivaciones, su odio, su miseria y su grandeza. El final de la película, uno de los mejores que se han rodado en los últimos años, nos deja ante la duda de cuales serían nuestras reacciones en una situación semejante. Si algo es capaz de trasmitir es que este personaje es totalmente consecuente con sus acciones, y que aunque no te lo esperas no podría haber acabado de otra forma. El cortante final es el de sus dudas y remordimientos.

La realización de los Dardenne nos hace invadir con nuestra mirada el rostro, las manos, la nuca de este hombre. Nos llevan por la fisonomía tan característica del actor, pero sobre todo nos pasean por su interior. La cámara escruta, invade y extrae los gestos, las emociones, el dolor. E incluso a veces nos sentimos mal por tal invasión de la intimidad, pero es el precio que hay que pagar por llegar al fondo, porque sin toda la información no se puede juzgar. Tras dos largometrajes en los que el protagonismo recaía más el entorno social en el que se movían los personajes que en ellos mismos, con historias centradas en la explotación, la pobreza y la falta de cariño y oportunidades, los Dardenne han ido un paso más allá, dando un mayor protagonismo a los personajes frente a su situación social, aunque sin olvidarse de ella. Un paso que acaban dando todos los directores y que lejos de significar una renuncia a sus principios es signo de un mejor manejo de las estructuras dramáticas, y que no resta profundidad al mensaje sino que reduce la proporción de maniqueísmo y didactismo, apelando a inteligencia y sensibilidad del espectador para llegar a los mismos resultados en el mensaje y mejorar la eficacia dramática y narrativa. Por este camino el cine de los hermanos Dardenne promete llegar muy alto.

(Extraído de www.miradas.net)

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102.
Todas las películas que se exhiben deben considerarse ***Prohibidas para menores de 18 años.***